

BIBLIOGRAFIA

NAVARRO, Tomás: *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*. Río Piedras, P. R., 1948. [346 pgs. en 4.º, que incluye 75 mapas].

Este es un libro capital en la bibliografía de los dialectos hispánicos. Si tuviéramos que resumir en una sola palabra la

condición fundamental de la obra, tendríamos que recurrir a la *claridad*. Parece como si la pulcritud fuera el empeño inicial y constante: desde la esmeradísima presentación del libro hasta la forma de componer sus índices. Nada de agobios bibliográficos —sólo lo imprescindible y, sin embargo, ¡cuántas veces recóndito!—, nada de farragosas comparaciones, nada de complicaciones tipográficas.

En las páginas preliminares expone el autor su método de trabajo y las condiciones del país. Interesa saber que se estudiaron 41 puntos en Puerto Rico y 2 en Vieques y que se utilizó un cuestionario de 445 preguntas y que se interrogaron gentes de 40 a 60 años (p. 10). Es de gran valor para la futura historia lingüística de la isla, el conocimiento del habla importada por pobladores e inmigrantes: son por eso de especial significación las páginas dedicadas a localizar sus procedencias y a estudiar el castellano de Ponce de León y de las relaciones y memorias (págs. 20-33). En los escasos testimonios conservados, el primer caudillo de la isla, “dentro de una sintaxis trabada, con recargamiento de tipo popular, ... emplea términos y precisos, sin adornos ni rodeos” (p. 24).

El análisis fonético de los sonidos está hecho con la maestría propia del Sr. NAVARRO.

La *a* se manifiesta según tres modalidades: media (sobre todo en el interior de la isla), palatal (en las zonas costeras) y velar (la más escasa, en los pueblos del interior). En Andalucía y Canarias —zonas peninsulares de mayor contacto con las Antillas— se observa con frecuencia el timbre de *a* velar, sobre todo en sílabas trabadas por una aspiración. En Puerto Rico, la proporción relativa de cada tipo es: *a* media 78'5 %; *a* palatal, 17'8 % y *a* velar, 4 %.

En general el vocalismo puertorriqueño, de San Juan y sus alrededores, ofrece cierta semejanza con el andaluz; el habla del país tiene un vocalismo en el que predominan los tipos medios entre las clases populares, las variantes abiertas, entre las gentes instruidas (p. 52).

La *f* puertorriqueña es bilabial entre el pueblo y, entre los universitarios se oye, también, como fonema labiodental. La aspirada *h* procedente de F-, se mantiene con gran vitalidad. Una lista de 15 palabras interrogadas en 34 lugares dió los siguientes resultados: aspiración, un 55'6 %; vacilación, un 15'1 %; no aspiración, un 29'3 %. Aunque en todo caso la as-

piración o la pérdida estaba condicionada por la naturaleza de la palabra (pgs. 61 y ss.). Un cómputo semejante hecho en la isla de Tenerife (estrechamente vinculada con Puerto Rico, según indica el Prof. NAVARRO) arrojó los siguientes datos: se conserva la F- inicial latina en un 17'6 % de los casos; se mantiene la aspirada en un 52'16; ausencia de signo inicial, en un 30'12 %. La proporción en ambos casos es bastante semejante, aunque nuestros materiales se hayan obtenido de formas muy diferentes; mis cifras proceden de aquellas palabras con F- etimológica que figuran en los cuestionarios que pregunté en seis lugares de la isla Tenerife.

Según mis datos, tanto en Canarias como en Andalucía, la *j* se equipara a una aspirada de diverso grado, igual que ocurre en Puerto Rico.

También en cuanto a la aspiración de la *s*, la isla antillana coincide con las hablas meridionales. Una *s* semejante a la de Río Piedra (p. 68, palatograma 1) se encuentra en Sevilla, Cádiz, Málaga y Tenerife. En todos estos casos, como en los datos recogidos en Olivenza (Badajoz), se trata de una *s* predorsal convexa; aunque "el tipo de *s* más corriente en Puerto Rico es el que se articula en la región dentoalveolar, con el ápice de la lengua al nivel de los incisivos superiores y con posición relativamente plana al dorso de ese mismo órgano" (p. 68). Bien que estas dos *eses* no son las únicas, pues se documentan otras variantes.

La aspiración de la *-s* final ante consonante sonora no altera el timbre de ésta (como ocurre en murciano o granadino, por ejemplo), sino que, en ocasiones, forma una suave consonante doble, según se documenta en zonas meridionales de España y debe existir en Canarias, donde he recogido la solución extrema: $-s + b- > b$ (Tenerife).

El seseo es general; la igualación de *l* y *r* con los trueques $l = r$ y $r = l$ tienen también una extraordinaria difusión, mientras que han desaparecido los pasos de *l* y *r* a *i*, que se presentaban como rasgo peculiar del jíbaro.

La articulación a la *rr* da lugar a no menos de ocho articulaciones distintas, todas ellas pueden reducirse a tres grupos básicos, cuya proporción relativa se indica seguidamente: las formas velares aparecen en un 85 %; las alveolares, en un 23 %, y las mixtas en un 18 %. Cada una de estas clases tiene su geografía bastante precisa: "la *rr* velar ocupa más de la

mitad de la isla, con áreas dominantes en el noroeste y en el sudeste. La *rr* alveolar se encuentra en el ángulo del sudoeste... El área de la *rr* mixta aparece en el nordeste, como forma irradiada probablemente desde la capital" (p. 92), aunque no debe olvidarse que los tres tipos fundamentales conviven en todos los pueblos sin que se pueda establecer una clara división entre ellos.

También la pronunciación de la *ch* ofrece particularidades en Puerto Rico. Es un sonido semiafricado en el que el contacto de la lengua y el paladar es más amplio que el de la *ch* castellana. En ocasiones se llega a un tipo de articulación "adherente" (palatogramas 3 y 4 de la p. 96), que debe ser semejante a *ch* tinerfeña, pues alguno de esos palatogramas puertorriqueños coincide fielmente con los obtenidos en Canarias.

La palatal sonora es —como también en Tenerife— de articulación más estrecha que la castellana y en ese sonido se identifica la *ll*, casi totalmente desaparecida de Puerto Rico. Sin embargo, —lo mismo que ocurre con el seseo— buena parte de Tenerife conserva la distinción entre *ll* y *y*. El resultado de mis seis encuestas en esa isla arrojó unas cifras del 61'3 % de casos con *ll* por 38'6 % de *y*.

Como en las hablas meridionales, la *-n* final tiende a velarizarse y la nasalización de las vocales es más intensa que en castellano (p. 101).

Un estudio gramatical (morfología y sintaxis) completa esta parte del libro.

Los *materiales lexicográficos* están agrupados por órdenes ideológicos (plantas, animales y trabajo) y en ellos se comenta buena parte de los mapas contenidos en el Atlas.

Del estudio lingüístico resulta una división de la isla en varias áreas. Parecen las de mayor interés las formadas por un trazo diagonal (de NO. a SE.), siguiendo la dirección de la cordillera central (mapa 71) y por una franja central que va de N. a S. (mapa 72). La primera de estas divisiones debe ser más antigua y tiene fundamentos históricos. De la superposición de ambos cortes se obtienen cuatro subzonas de carácter mixto, de las cuales merece especial mención la de poniente, la más conservadora (tiene mayor abundancia de *h*, más riqueza y casticismo en el uso del diminutivo, arcaísmo léxico).

Algunos elementos indígenas de Puerto Rico (se habla el *taíno*, lengua de la familia arahuaca) aparecen ya en la *Relación* de Ponce de León (1509), pero muchos de ellos han muerto con posterioridad. Al parecer, el español era general en 1530 y el taíno debió extinguirse por 1550. Hoy los restos indígenas más abundantes se encuentran —dejando aparte la toponimia— en nombre de frutas, plantas y animales propios de las antillas: *caculo* “escarabajo”, *oucubano* “luciérnaga”, *guajana* “flor de caña”, etc. Son de gran interés las páginas que el Profesor Navarro Tomás dedica a caracterizar lingüísticamente estos indigenismos: fonológicamente, empleo de *a* y *o* solas o agrupadas; morfológicamente, uso del sufijo *-bon*, al N. del país, *-ey*, *-uey*, al S., *-i* en nombres de animales (peces sobre todo); rítmicamente, forma trisílaba de los vocales y ciertas tendencias en la entonación.

El léxico de la caña de azúcar merece especial interés, pues si fué llevado, como parece, por gentes canarias a Santo Domingo en 1493, habrá que ver la relación entre el vocabulario de los archipiélagos de ambos lados del Atlántico y no olvidar la relación que este cultivo tuvo con los portugueses en Canarias. Hay datos que prueban como en 1506 había lusitanos en Taganana (Tenerife) explotando ingenios de caña. Insisto en este hecho porque en 1536, Juan de Castellanos consiguió que fueran a Puerto Rico 50 familias de labradores, canarios según plausible hipótesis de Navarro Tomás, para intensificar la industria azucarera y más tarde, en 1695 y a principios del siglo XVIII, otras cien personas de Tenerife y setenta y siete familias del archipiélago (“Canarias” dice el autor, pero no parece referirse a nativos de Gran Canaria) se repartieron por la isla y su influencia se dejó sentir incluso en la toponimia (vid. págs. 187, 195 y 207).

Otros elementos de importancia son andalucismos y africanismos.

Capítulo de la mayor importancia es el de la influencia del inglés sobre el español de Puerto Rico. Hace veinticinco años el estado de cosas entre la clase campesina venía a ser el mismo que en 1898. Sin embargo, con el crecimiento de la instrucción escolar y la consideración del inglés como primera lengua de estudio, aumentó su influencia sobre el español de las generaciones jóvenes (p. 221). Sin embargo, “puede decirse que hasta ahora los anglicismos apenas han ganado terreno

ni en las obras literarias ni tampoco en los medios populares. Tienen su ambiente más propicio en el habla de personas de cultura media, en el trato de comercios y oficinas y en las secciones secundarias de revistas y diarios" (p. 222). Un claro peligro —de adulteración y empobrecimiento, al menos— lo ofrece la deficiente cultura lingüística de algunos sectores científicos y los casi 400.000 puertorriqueños que viven en Nueva York, faltos de instituciones docentes apropiadas (páginas 223-224).

La obra se completa con unos textos en transcripción fonética un atlas de 75 mapas y un índice de palabras.

La importancia del libro que acabo de comentar recorre los más variados aspectos: desde el intrínseco al general del método seguido. Las descripciones son de un extraordinario rigor y a la vez, de una brillante claridad. Los comentarios —en excelente prosa—, jugosos y muy alejados del frío esquematismo. Problemas y soluciones, presentados con una ejemplar sencillez y, siempre, con un seguro acierto.

La obra es capital dentro de la bibliografía lingüística española. Imprescindible para el estudio de las hablas meridionales e hispanoamericanas.

MANUEL ALVAR